

LA SABIDURÍA DE LA CRUZ

Su alma era una bella rosa coronada con una gran cruz de espinas. En su infancia, la rosa renegaba de su corona y quería dársela al primero con el que se cruzase. No comprendía que su corona la haría reina en el camino de la vida. Por eso la trataba de dejar abandonada o se la intentaba dar a alguno de los menesterosos que vivían en el banco del parque. Su cruz la perseguía como un perro fiel. Hasta los más pobres rechazaban su regalo, pues consideraban que estaba envenenado. Con el paso del tiempo se fue acostumbrando a ella. El sufrimiento de sus inicios la fue curtiendo. El corazón se fue abriendo a medida que la cruz iba creciendo. Llegó un momento en que la cruz, cada vez más llena de espinas, resultaba un compañero de viaje agradable de padecer. Y el corazón seguía ensanchándose cada vez más gracias al fuego luminoso del amor, que se inscribía con las letras del sufrimiento. Era cuando comprendía las palabras de aquel Santo. “ Cuando más amamos, más sufrimos” y la rosa añadía “cuando más amamos, más vemos”. Gracias a su cruz, la rosa veía y escribía lo que veía. Su corona de espinas la había hecho sabia y misericordiosa. En su madurez la rosa ya había descubierto porque su tiara, de la que al principio renegaba, la haría una reina. Había comprendido que mientras las reinas de esta tierra se coronan con deslumbrantes y frías piedras preciosas, y tienen al lado a un hombre mortal, las reinas del cielo se coronan

con espinas que les hacen derramar por los demás su sangre hasta la última gota y tienen por Rey al que adorar al que dio su sangre por nosotros.